

En el medio del mundo

Magdalena Helguera

loqueleg



Candela no quería mudarse. No quería y no quería. Por más que le explicaran que en el apartamento ya estaban demasiado apretados, que se iban a una casa con jardín, mucho más linda, mucho más grande... ella no quería. Esa era su casa, y no otra.

Su hermano Felipe tampoco quería; sin embargo, de a ratos, se dejaba convencer. Él era más chico, claro, y estaba más indefenso ante las presiones de los mayores. Mamá, mientras le hacía mimos y le acomodaba la ropa, le decía que en la casa

nueva podrían tener perro y que él iba a poder aprender a andar en bicicleta sin rueditas. Papá, cuando se tiraban al suelo a luchar, le hacía cosquillas en la barriga y le hablaba de los partidazos que iban a jugar en el jardín de la casa nueva. Y la peor era

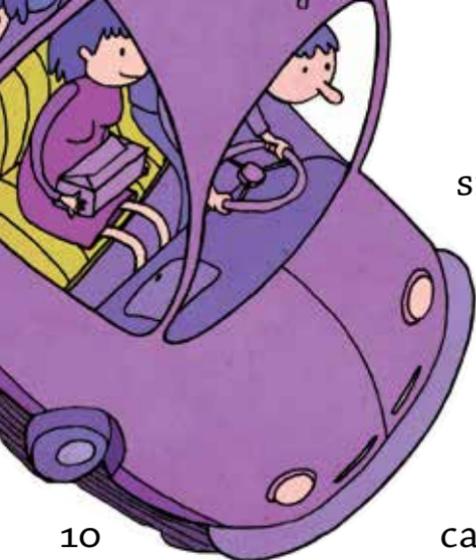
8 María, la mayor, quien no paraba de decir maravillas de la casa nueva porque ella ya había ido a verla y, vaya a saber cómo, la casa nueva la había embrujado.

¿Qué podía hacer Candela en medio de semejante campaña publicitaria, si a ella, cuando hablaba de su casa y de esa casa, no le salían mimos ni cosquillas ni maravillas y solo se le ocurría gritar, insultar y tirar cosas al suelo?

Su hermano, entonces, ya estaba bastante convencido, y si se hubiera puesto el tema a votación, el resultado hubiera







sido apenas de un voto y medio contra tres y medio. O tres a uno, y un voto en blanco. Pero no hubo votación. Simplemente hubo un camión que llegó un domingo temprano, dispuesto a comerse todos los muebles de la casa y escupirlos quién sabe dónde, y hubo una abuela —la abuela Sara— que vino antes del desastre a llevarse a los nietos chicos a pasar el día y llenarlos de Parque Rodó y de cine y de torta de chocolate y de helados, para que no pensaran y no sufrieran.

De tardecita llegaron papá y mamá, con María, a buscarlos. Venían cansados, contentos y con cara de “ya está”. Metieron en el auto las mochilas, los globos del parque y lo que quedaba de la torta de chocolate.



Después, metieron a Candela, entre los tres y con algo de ayuda de la abuela, porque Candela se había agarrado con cuatro manos y pies del marco de la puerta de calle y gritaba que de ahí nadie la sacaba ni muerta. Pero la sacaron. Y la metieron. Su hermano, el traidor, había entrado solo, detrás de los globos y de la torta.

11

Era largo el camino. Largo, en especial, para alguien que no puede parar de llorar y ya no sabe qué más gritar ni le queda más nada para tirar al suelo.

En algún momento, Candela se durmió. Cinco minutos, o cinco horas, quién sabe. Cuando despertó, seguían viajando. “¿Dónde está esa porquería de casa? ¿En el fin del mundo?”, pensó. Y se ve que pensó en voz muy alta, porque su hermana escuchó, y contestó:

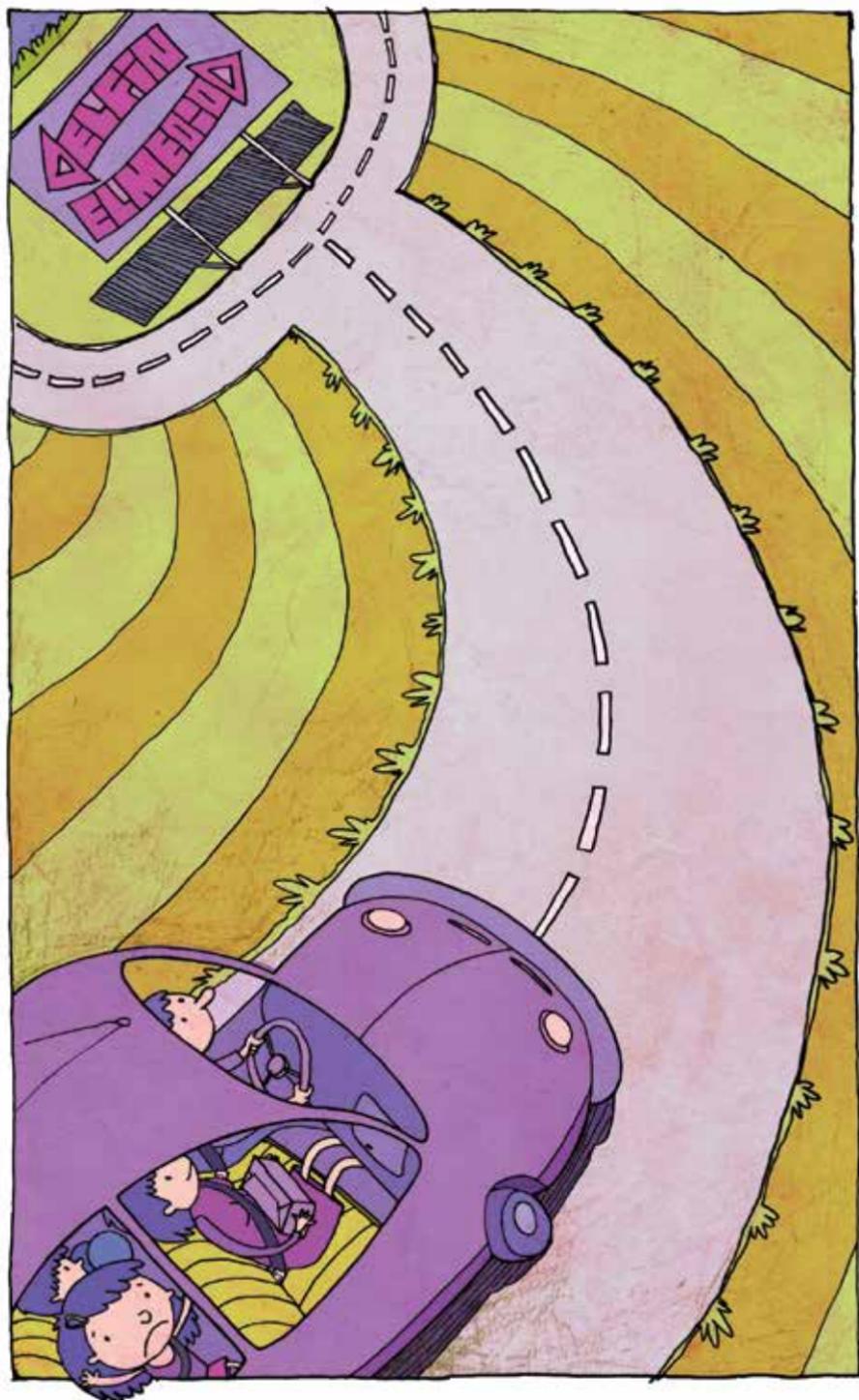


—No —le dijo—, en el fin del mundo no. Está en el medio del mundo. Ya vas a ver.

* * *

12 El sol entraba por la ventana, a rayitas. Las rayitas bajaban por la colcha, caminaban por el piso azul y se dibujaban en la pared de enfrente, donde María había pegado sus fotos de cantantes y actores lindos. Aunque en la casa nueva cada hermano tenía su propio cuarto, María igual la había dejado dormir con ella esa noche.

Tanto miraba Candela, que al fin María se despertó. Buscó una cinta que había al lado de la ventana, tiró y las rayitas de sol, por arte de magia, empezaron a moverse y a correrse y a dejar pasar el sol entero. “¿En mi cuarto también habrá una ventana mágica como esta?”, pensó Candela, y se ve que pensó muy fuerte porque María



le contestó que sí, que claro, que la casa nueva tenía muchas ventanas como esa.

—¿Y por qué hay tanto sol acá? ¿Es el campo?

—No, no es el campo. ¿Te gustaría ir al campo? No cuesta nada, dale.

14 Se vistieron, tomaron la leche y salieron. Felipe ya estaba de los pedales, dando vueltas alrededor de la casa. Bien temprano había pedido que le sacaran las dos rueditas más chicas y a la media hora, y con solo seis porrazos, había aprendido a mantenerse sobre las otras dos, que también eran chicas pero no tanto.

Las ruedas de la bicicleta de Candela eran casi tan grandes como las de las bicis de mamá y de María, y estaban bien duras. Alguien las había inflado con aire de esa casa, ¿pero quién?

—Fue Nando —dijo María.



—¿Quién es Nando?

—Ya vas a ver.

Nando resultó ser un chico muy alto, con lentes y colita de caballo, que asomó la cara por arriba del cerco de plantas apenas María se acercó un poco.

—¡Tiene diecisiete años, es muy fuerte y es mi amigo, eh! —anunció Felipe sin dejar de pedalear—. ¡Así que no le grites ni le vayas a tirar algo, eh!

María sonrió y no dijo nada, pero Candela se dio cuenta de que Nando también era amigo de ella, o algo parecido. Y además, él conocía el camino para ir al campo y los iba a acompañar a todos.

—Son siete u ocho cuadritas nomás, van a ver —dijo.

Como para entonces ya Felipe estaba demasiado cansado hasta para recorrer siete u ocho cuadritas, Nando le pidió prestada a

su madre su bici con el asiento de plástico y lo subió de una, como si no pesara nada.

“De veras que es fuerte”, pensó Candela.

“De veras que está fuerte”, oyó Candela que pensaba su hermana.

16



Salieron por unas calles medio rosadas y llenas de polvo y de pozos. Por ahí no se andaba en bici de cualquier modo, pedaleando y nada más: se andaba tratando de esquivar los pozos —o por lo menos algunos—, girando a cada rato el manillar y las ruedas, sin caerse y sin chocarse. Era bastante divertido, a pesar de la polvareda.